

consonni

Marge Piercy

Mujer al borde del tiempo

TRADUCCIÓN
Helen Torres



«Fascinante. Te atrapa y te emociona». —**The New York Times Book Review**

«Una novela deslumbrante, incluso asombrosa... maravillosa e irresistible». —**Publishers Weekly**

«Es una escritora de calado que merece el tipo de atención especial que, con demasiada frecuencia, no recibe...». —**Margaret Atwood**

«Genial... Marge Piercy es tan imaginativa como H.G. Wells, Isaac Asimov o cualquiera de los grandes escritores de literatura fantástica, pero también es una activista feroz y comprometida que quiere que seamos algo más que lectores pasivos... Te animo a que empieces a leer a Marge Piercy ahora mismo». —**Gloria Steinem**

«Aquí hay alguien con las agallas para profundizar en lo más profundo de sí misma, en su tiempo y en su historia, y para arriesgarse más que nadie hasta ahora, solo por amor a la verdad y por la necesidad de contarla». —**Thomas Pynchon**

«La novela es un brillante y sobrecogedor alegato contra una sociedad en la que las personas más desfavorecidas son manipuladas por quienes están en el poder». —**Library Journal**

«Una de las novelistas más importantes de nuestro tiempo». —**Erica Jong**

Mujer al borde del tiempo

Marge Piercy es autora de diecisiete novelas, diecinueve libros de poesía, cuatro de no ficción y una autobiografía aclamada por la crítica. Nacida en Detroit y formada en la Universidad de Michigan, ha recibido cuatro doctorados *honoris causa*. Ha participado activamente en gran parte de las batallas políticas progresistas más importantes de nuestro tiempo, incluyendo el movimiento contra la guerra de Vietnam y el movimiento feminista; de forma más reciente, ha participado activamente en la resistencia a la guerra de Irak. Piercy es elogiada como una de las pocas escritoras norteamericanas reconocidas tanto en poesía como en narrativa, y una de las poetas más vendidas en los EE. UU. También es experta en muchos géneros: novela histórica, ciencia ficción (ha sido galardonada con el Premio Arthur C. Clarke del Reino Unido), novela social y de entretenimiento. Ha dado clases y conferencias sobre su trabajo en más de quinientas universidades en todo el mundo.



Mujer al borde del tiempo

Marge Piercy

Traducción de Helen Torres



Autora **Marge Piercy**

Traducción **Helen Torres**

Corrección **Arrate Hidalgo** y **Miguel Alpuente**

Asesoramiento colectivo **Hedda Katarina Olsson** y **Arrate Hidalgo**

Diseño de la colección y maquetación **Rosa Llop**

Imagen de cubierta **Carla Berrocal**

Edición **consonni**

C/ Conde Mirasol 13-LJ1D

48003 Bilbao

www.consonni.org

Primera edición en español:
enero de 2020, Bilbao.

ISBN: 978-84-16205-53-0

Edición original:

Woman on the Edge of Time, Marge Piercy

© 1976 by Marge Piercy

© 2020, de la traducción, Helen Torres

© 2020, de la edición, consonni

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

Introducción a la edición en inglés (2016)

¿Por qué escribir una novela como *Mujer al borde del tiempo* ambientada en el futuro? El objetivo de escribir sobre el futuro no es predecirlo; no intento ser Nostradamus. El objetivo de este tipo de relato es influir en el presente a través de la extrapolación de tendencias actuales, sean de avance o de retroceso. A nadie se le da realmente bien predecir. Si fuéramos mejores prediciendo lo que pasará dentro de un año, o de aquí a unos meses o unas semanas, nuestra tasa de divorcio sería igual a cero, no nos involucraríamos en relaciones estúpidas y nadie perdería dinero en la bolsa ni en las carreras. El objetivo de crear futuros es hacer que la gente pueda imaginar qué quiere y qué no quiere que pase, y quizás hacer algo al respecto.

Mujer al borde del tiempo se publicó por primera vez hace cuarenta años y empezó a gestarse tres años y medio antes. A principios de los años setenta, había un gran fermento político y un gran optimismo entre quienes deseábamos un cambio, una sociedad más justa y más igualitaria, con más oportunidades para todas las personas, no solo para algunas.

Desde entonces, las desigualdades se han incrementado enormemente. Mientras escribo estas líneas, hay más personas pobres, hay más personas con dos o tres trabajos solo para ir tirando, más personas cuyos ahorros y cuyo futuro han sido eclipsados por problemas de salud o por haber perdido el trabajo. Hay personas sin hogar en todas partes, no solo el hombre o la mujer solos abandonados a su suerte o la vagabunda empujando un carro de supermercado, sino familias enteras con sus criaturas. Las hijas e hijos normales y corrientes tienen menos oportunidades de ir a universidades normales y corrientes; y si pueden ir, cargarán con grandes deudas durante el resto de sus vidas. La mayoría de los empleos que permiten a las personas tener una vivienda y la esperanza de una vida mejor para sus hijas e hijos han sido relocalizados fuera del país, donde personas más pobres que quienes están perdiendo sus puestos de trabajo trabajarán lo mismo por cuatro monedas. Los sindicatos que protegían a la clase trabajadora ya casi no tienen influencia y son cada vez menos representativos.

Cuando escribí esta novela, las mujeres estaban haciendo grandes avances en el control de sus cuerpos y sus vidas. No solo se ha perdido ese momento histórico, sino que muchos de los derechos que tan duramente trabajamos para conseguir nos son arrebatados por el Congreso y las legislaturas año tras año.

Pero también tenemos que entender que el intento de arrebatar el control de su cuerpo a una mujer es parte de un intento más amplio de arrebatar todo tipo de control real a la mayoría de la población. Hoy en día, las elecciones están controladas por las multinacionales y por ese uno por ciento que compone la población más rica. Hoy en día, los

medios de comunicación son máquinas propagandísticas y los únicos informes de investigación salen en HBO, Comedy Central o Internet.

Los grandes poderes han permitido ciertos logros sociales, pero no económicos. Pronto se habrán legalizado la marihuana y el matrimonio homosexual en todos los estados, pero los sindicatos están siendo diezmados y la red de seguridad del *New Deal* y la era Johnson está siendo desmantelada en cada ley, mientras las mujeres se ven forzadas a recurrir a los abortos ilegales que solían matar a tantas de ellas. Hemos alcanzado algunos logros sociales y muchas pérdidas económicas. El poder adquisitivo real de la clase trabajadora disminuye año tras año.

En el apogeo de la segunda ola del movimiento feminista, se crearon algunas utopías: *El hombre hembra*, de Joanna Russ; «Houston, Houston, ¿me recibe?», de James Tiptree Jr.; *Los desposeídos*, de Ursula K. Le Guin; «My Own Utopia» (incluida en *The Ascent of Woman*), de Elisabeth Mann Borgese, y *The Wanderground* y otros textos de Sally Miller Gearhart. Ahora ya no. ¿Por qué? Las utopías feministas nacieron del hambre de lo que no teníamos, en un momento en que el cambio no solo era posible sino también probable. Las utopías vinieron del deseo de imaginar una sociedad mejor, cuando nos atrevimos a soñarlo. Cuando consumimos nuestra energía política defendiendo derechos y proyectos ya conquistados que hoy están bajo amenaza, queda mucha menos energía para imaginar sociedades futuras plenamente detalladas en las que nos gustaría vivir.

Escribir sobre una comunidad fuerte que socializa a niños y niñas e integra a la gente mayor es una respuesta al hecho de que las mujeres vivan en una sociedad en la que

muchas madres están solas con sus criaturas, que muchas veces dependen económicamente solo de ellas, y que trata a las mujeres mayores solo un poco mejor que a las mascotas que se ejecutan diariamente en perreras y refugios.

Cada vez nos alejamos más del contacto íntimo verdadero entre las personas. Muchos hombres prefieren la pornografía al sexo real, donde tienen que complacer a una mujer o al menos hacer ver que lo intentan. He leído mis poemas ante públicos en los que los estudiantes estaban enviando mensajes de texto en lugar de escuchar o reaccionar. Me he sentado en restaurantes a la mesa con «amistades» que estaban jugando con sus teléfonos o sus *tablets*. ¿Cuánta gente ven caminando por la calle a ciegas mientras habla con sus móviles? Según una encuesta reciente, mucha gente afirma hoy que sus amistades más íntimas son sus mascotas o personalidades de la televisión.

También he querido que la novela mostrara una sociedad ecológicamente sólida. Las vidas, las instituciones y los rituales de Mattapoisett ponen énfasis en que somos parte de la naturaleza y responsables del mundo natural. Para imaginar una buena sociedad, tomé prestados elementos de todos los movimientos progresistas de la época. Como la mayoría de las utopías de mujeres, *Mujer al borde del tiempo* es profundamente anarquista y tiene como objetivo reintegrar a las personas al mundo natural y eliminar las relaciones de poder. La familia nuclear casi no aparece en las utopías feministas y ha sido desterrada de esta novela.

Quizás la parte más controvertida de Mattapoisett es la incubadora, ya que muchas mujeres pueden no querer renunciar a la posibilidad de parir. Si volviera a escribir el libro, incluiría un grupo que hubiera decidido parir. En mis

notas originales lo intenté, pero durante el largo y arduo proceso de escritura, nunca llegué a dar cuerpo a esa idea.

En lugar del estigma de la prostitución, proyecté una sociedad en la que el sexo era algo que estaba disponible, aceptado, libre de jerarquías... y completamente separado de los ingresos, el estatus social, el poder. Nada de mujeres trofeo, nada de estar en el armario, ni castigos ni ostracismo por preferir un tipo u otro de amante. Ninguna necesidad de vender o comprar sexo. Ni de quedarse atascada como mi propia madre en un matrimonio sin amor solo para poder seguir adelante. En la distopía de *Mujer al borde del tiempo*, las mujeres son mercancía, están genéticamente modificadas y no tienen poder.

Antes de empezar la novela, leí toda la ciencia ficción utopista que cayó en mis manos, en parte para estudiar las estrategias narrativas que habían funcionado y las que eran demasiado estáticas como para atraer a lectores contemporáneos. También leí al menos la misma cantidad de novelas distópicas; o quizá más. La ciencia ficción de los años cincuenta estaba inundada de miserables mundos posnucleares y holocaustos, y pasé mi adolescencia leyendo una gran cantidad de esos relatos.

El otro género con el que trabajé fueron los viajes en el tiempo. Estaba harta de que los hombres blancos acaudalados monopolizaran ese campo, y no sentía que fueran precisamente el tipo de visitantes que yo querría en una sociedad del futuro realmente buena. Cuando era niña, me di cuenta por primera vez de que ni la historia, tal y como me la explicaban, ni los relatos que me contaban parecían llegar hasta mí. Empecé a arreglarlos. Me dedico a ello desde entonces. Necesitamos un pasado que nos lleve hasta aquí. De la misma manera, lo que imaginamos

como objetivo define en gran parte lo que consideraremos acciones factibles dirigidas a producir el futuro que queremos y a evitar el que tememos.

Pude colarme de manera encubierta en instituciones psiquiátricas de la época gracias a personas que trabajaban allí, con el fin de poder experimentar las condiciones en esos lugares. Muchas personas arriesgaron sus trabajos por ayudarme. Hoy en día, los pacientes mentales son abandonados en las calles sin ningún tipo de apoyo. Aún administramos drogas, pero no ofrecemos suficiente orientación terapéutica, ni alojamientos seguros y cómodos. No ha habido una mejoría.

Siempre me ha interesado ver quién controla la tecnología de la sociedad en un momento determinado. ¿Quién decide que los tranvías y los trenes de pasajeros son obsoletos pero que los coches son importantísimos y nuestras ciudades deben construirse en torno a ellos como si fueran los habitantes primordiales? ¿Quién decide qué tecnología merece ser explorada? ¿Quién dicta las normas sobre lo que es peligroso y lo que es un riesgo asumible? ¿Quién decide que es importante que los contribuyentes subvencionen centrales nucleares pese a que no haya escapatoria posible para quienes viven en los alrededores cuando ocurra el accidente inevitable? ¿En beneficio de quién se deciden explorar determinadas opciones? ¿Quién decide qué se hace y a quién se hace? El modo en que se toman decisiones de manera justa e igualitaria fue uno de los temas de la novela.

También me interesan mucho los mecanismos interpersonales y socializadores de una sociedad. ¿Cómo se gestiona el conflicto? Una vez más, ¿quién decide, y sobre las cabezas y las espaldas de quiénes recaerán esas

decisiones? ¿Cómo gestiona esa sociedad la alienación y la soledad? ¿Cómo gestiona el nacimiento, la crianza y el crecimiento, el aprendizaje, el sexo, hacer bebés, la enfermedad y la sanación, la muerte y la eliminación del cuerpo? ¿Cómo gestionamos la memoria colectiva — nuestra historia— que estamos constantemente reformulando?

La utopía nace del hambre de algo mejor, pero el motor que nos permite imaginar ese futuro es la esperanza. Mi deseo de concretar y dar vida a las ideas para mí más fructíferas de los movimientos por el cambio social: esa fue la génesis real de *Mujer al borde del tiempo*.

Marge Piercy

UNO

Connie se levantó de la mesa de la cocina y caminó lentamente hacia la puerta. Lo he visto o no lo he visto o sea que ahora sí que estoy loca de verdad, pensó.

—¡Soy yo, Dolly! —Su sobrina gritaba en el pasillo—. ¡Déjame entrar! ¡Vamos!

—*Momentito*¹.

Connie giró torpemente la cerradura y después el cerrojo de seguridad hasta que consiguió abrir la puerta de par en par. Dolly entró como una exhalación, la cara sangrando. Connie la cogió, intentando comprobar la gravedad de las heridas.

—¿*Qué pasa?* ¿Quién te hizo esto?

La sangre goteaba de los labios magullados de Dolly, que cogió un manojo de pañuelos de papel apelmazados, marrones de sangre seca, y los manchó de rojo brillante con sangre fresca. Tenía el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón.

—Geraldo me golpeó.

Dolly dejó que le quitara el abrigo de invierno azul ribeteado de piel y dejó caer sus anchas caderas, enfundadas en pantalones rosa, en la silla de la cocina. Ahí

Dolly se desmoronó y rompió a llorar. Connie la rodeó con torpeza por los hombros. Las manos le resbalaron sobre el satén de la blusa.

—La silla está caliente —dijo Dolly tras unos minutos—. Dame un pañuelo.

Connie trajo papel higiénico del lavabo que había en el pasillo —el único que tenía— y con sumo cuidado volvió a cerrar con llave la puerta del apartamento. Después echó un poco del café dominicano bueno, el que guardaba para momentos especiales, en el filtro de la cafetera y puso agua a hervir en una tetera.

—Hace frío aquí —gimoteó Dolly.

—Lo calentaré un poco. —Encendió el horno y los fogones de la cocina—. Pronto estará tan caliente como el invernadero en que transformas tu casa... ¿Te golpeó Geraldo?

Dolly abrió la boca por completo y la miró embobada.

—Luu... Luu...

Connie metió el dedo en la boca sangrante de Dolly tan suavemente como pudo. Se le erizó la piel.

Dolly se apartó de un tirón:

—Me rompió un diente, ¿no? ¡Chulo asqueroso! ¿Perderé un diente?

—Creo que tienes uno roto y puede que se te haya caído otro. No sé... No soy dentista. ¡Pero si todavía estás sangrando!

—Está loco, ¡ese cerdo! Me quiere joder la vida. Connie, ¿cómo es que no me dejabas entrar? Estuve gritando en el pasillo un montón.

—No fueron ni cinco minutos...

—Me pareció oír voces. ¿Hay alguien?

Dolly miró hacia la otra habitación, al dormitorio.

—¿Quién iba a estar? Tenía la tele encendida.

—Me duele tanto... Dame algo para el dolor.

—¿Una aspirina?

—¡Pero qué dices! ¡Esto duele de verdad!

—*Hija mía*, ¿cómo quieres que tenga algo? —Connie alzó las manos para mostrárselas vacías, siempre vacías.

—Esas pastillas que te dan, el Estado.

—Déjame que te ponga hielo.

Dolly la había escuchado hablando con Luciente: por tanto, él existía. O Dolly la había escuchado hablando consigo misma. Dolly había dicho que la silla estaba caliente: Connie estaba sentada en la otra silla, enfrente del plato con la cena de huevos y frijoles. No tenía que pensar en esto ahora, con Dolly sufriendo. ¡La historia de aquel hombre era increíble! No, no pienses en eso. Envolvió unos cubos de hielo en un trapo de la cocina y se los llevó a Dolly.

—Esa receta caducó hace un año.

Tampoco es que hubiera tomado los tranquilizantes. Había vendido las pastillas para conseguir algo de dinero extra, para comprar algo de cerdo o pollo una vez a la semana, y jabón de lavar. Le costaba creer que alguien pudiera tomar ese veneno voluntariamente, pero podías pasar cualquier tipo de pastilla en El Barrio. Sin embargo, estaba el incordio de tener que ir hasta Bellevue, ya que vivía cerca de lo de Dolly cuando le habían dado el alta y nunca consiguió que transfirieran su caso.

—¡Consuelo! —Dolly apoyó su mejilla hinchada en el hombro de Connie—. ¡Me duele todo! Tengo miedo. Me dio puñetazos en la barriga, me pegó bien fuerte.

—¿Por qué te quedas con él? ¿Qué tiene de bueno? Con tu hija, ¿por qué tener a semejante *cabrón* alrededor?

Dolly le devolvió una mirada burlona que parecía decir que le daba las gracias por cualquier tipo de comentario que ella pudiera hacer el resto de su vida sobre el bienestar de los niños; ¿o se lo imaginó?

—Consuelo, me siento tan mal. Me siento cada vez peor. Necesito acostarme un rato. ¡Ay! Si me hace perder este bebé, ¡lo mato!

Mientras arrastraba a su sobrina a la habitación, de pronto sintió miedo (o quizás esperanza), de que Luciente aún estuviera ahí. Pero la pequeña habitación solo albergaba su cama hundida en el centro, la silla con el despertador encima, la cómoda, la jarra de vino llena de flores secas y la ventana que daba al conducto de ventilación, cubierta a medias con unas viejas cortinas de épocas mejores. Desvistió a Dolly con ternura, como si fuera un bebé, pero su sobrina gruñía y maldecía y no paraba de llorar. La camisa de lunares satinada estaba regada en sangre, que se le había colado a través del sostén negro de satén con la pezonera recortada.

—Pero no manchará tu bonito sostén —prometió Connie mientras Dolly se lamentaba por sus ropas, su cuerpo, su piel. Los moretones ya habían empezado a coagularse bajo la aterciopelada piel del vientre de Dolly, en los suaves brazos, en la clavícula.

—¡*Mira!* ¿Tengo sangre en las bragas? Mira si me ha hecho sangrar ahí.

—No estás sangrando ahí, te lo prometo. Métete bajo las mantas. *Oye*, Dolly, ¡no es tan fácil perder un bebé! En el sexto mes, si te golpea, quizás. Pero en el segundo ese bebé está más protegido que tú. —Colocó el despertador en el

suelo y se sentó en la silla ubicada junto a la cama, para coger la mano flácida de Dolly—. Escucha, tendría que llevarte a urgencias. Al Metropolitan.

—No me hagas ir a ninguna parte. Duele demasiado.

—Pueden darte algo para el dolor. Pediré un taxi pirata. Estamos a solo quince manzanas.

—Me da vergüenza. «¿Qué le ha pasado?»; «Oh, me ha golpeado mi chulo». Iré a mi propio dentista por la mañana. Me llevas en la mañana. A Otera, sobre el Canal. Lo llamas a las 9:30 y le dices que me atienda enseguida. Ahora sujétame el hielo sobre la mejilla.

—Dolly, ¿cómo sabes que Geraldo no vendrá aquí a por más?

—¡Consuelo! —dijo Dolly arrastrando las palabras—. ¡Sé buena! ¡No me zarandeas tú también! Estoy dolorida, quiero descansar. Sé amable conmigo. Dame un poco de *yerba*, está en mi bolso. Encima del paquete de cigarrillos.

—¡Dolly! ¡Estás loca! ¡Ir por ahí con la cara sangrando y droga en el bolso! ¿Y si te para la policía?

—Como si hubiera tenido tiempo de ordenar el bolso cuando me iba... Va, ¡alcánzame!

Mientras hurgaba en el gran bolso de charol de Dolly, fisgoneando torpemente en la cartera de otra mujer, escuchó unos fuertes pasos subiendo las escaleras. Hombres en apuros. Se detuvo congelada. ¿Por qué? Muchos hombres corrían escaleras arriba y abajo en el edificio durante toda la noche. Pero ella sabía quién era.

Geraldo aporreó la puerta. Connie se quedó inmóvil. En la habitación Dolly gemía y rompió a llorar otra vez.

Geraldo golpeó la puerta con más fuerza.

—¡Abre la puerta, vieja puta! Abre o la tiro abajo. Te reviento la cabeza. ¡Venga, abre la maldita puerta! —Se puso a dar golpes con tal fuerza que la madera se quebró y empezó a ceder.

Iba a tirarla abajo. Ella chilló:

—¡Espera, espera! ¡Voy!

Ni una puerta se abrió en el pasillo. Nadie salió a mirar. Connie abrió los cerrojos y dio unos pasos hacia atrás, antes de que él diera un portazo y la estampara contra la pared. Entró dando zancadas, aporreando la puerta como ella sabía que haría, seguido de un tipo escuálido, más mayor que él y vestido con un clásico sobretodo gris, y también con un corpulento *bato loco* al que llamaban Gomina y que ya había visto antes con Geraldito. Se apretujaron todos en la cocina y Geraldito cerró con violencia la puerta.

Geraldito era el novio de Dolly. Había pasado drogas y le había ido bien, había mantenido a Dolly y a la pequeña Nita, hija del matrimonio de Dolly. Pero ciertas restricciones en el tráfico de drogas lo habían hecho mantenerse al margen después de que lo detuvieran, aunque al final no había cumplido condena. Ahora hacía trabajar a Dolly de prostituta, vendiendo su cuerpo a todos los hombres sucios de la ciudad. Tenía a otras tres chicas a las que probablemente había tenido trabajando todo el tiempo a escondidas. Con Dolly eran cuatro.

Connie lo odiaba. El odio que le tenía fluía por sus venas como jarabe eléctrico. El odio le encendió los nervios como un subidón de anfetaminas. Geraldito era un *grifo* de estatura mediana y piel clara, ojos grises, cabello crespo —*pelo de alambre*— que llevaba en un simétrico peinado afro. Era elegante. Cada vez que Connie se lastimaba la

vista mirándole, estaba ataviado con algún traje nuevo de esplendor chulesco. Soñaba con quitarle una de sus anticuadas botas de tacón de piel de lagarto, lustrosas y pulidas, y encajársela en su garganta de mentiroso. Soñaba con arrancarle el gran anillo con un diamante gris del que tanto alardeaba por ser del mismo color que sus ojos, rebanarle la garganta y dejar que corriera su sangre envenenada.

—*Tía Consuelo* —canturreó—. *Caca de puta*. Vieja chingada. Quita tu maldito culo gordo de mi camino. ¡Muévete!

—¡Fuera de mi casa! Ya le has hecho suficiente daño. ¡Fuera!

—Como que no voy a hacerle daño a esa puta si no se comporta.

Con la parte trasera del brazo, atacando como una serpiente de cascabel, la empujó contra el fregadero. Después se aproximó al salón, bloqueando la puerta de la habitación. Se la pasaba actuando frente a fríos espejos, observándose, puliendo su apariencia.

—Ey, puta, deja de lloriquear. Te traje un médico.

—¿Qué clase de médico? —chilló Connie. Había esquivado su puñetazo y solo se había golpeado con el borde del fregadero. Se acobardó, agachándose un poco—. ¡Un carnicero! ¡Esa clase de médico!

—El manicomio te lo enseñó todo sobre médicos, ¿eh?

—¡Que la dejes en paz, Gerald! Dolly quiere tener a tu bebé con toda su alma, puede quedarse conmigo.

—Sí, para que la cortes en pedazos, ¿eh, chiflada? Ahora para o Gomina te va a partir la boca.

Geraldo se recostó contra el marco de la puerta, encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al suelo, donde se apagó lentamente, dejando un agujero negro en el linóleo gastado.

—Es hora de levantar vuelo. Traje un médico para que te arregle. ¡Arriba! ¡Muévete!

—¡No! ¡No quiero que me toque! Geraldo, ricura, ¡quiero este bebé!

—¿Pero qué mierda dices? ¿Crees que me mato chambeando para el bebé de algún otro idiota? Ni siquiera sabes de qué color es el gusano que tienes revolviéndose en tu barriga.

—¡Es tu bebé! Lo es. No tomé las píldoras en Puerto Rico.

—Mujer, has tenido tantos hombres dentro, que podrías tener un vagón entero del metro lleno de papis.

—En San Juan no tomé las píldoras, ¡ya te lo he dicho!

—¿Que me lo has dicho? No en esta vida, nena. ¿Qué estuviste haciendo cuando yo estaba ocupado en La Perla, eh? —Se quitó una pelusa del chaleco.

—¡No me quisiste llevar a conocer a tu familia!

Geraldo se había llevado a Dolly con él de vacaciones. Connie estaba convencida de que su sobrina había intentado quedarse embarazada, creyendo que así Geraldo le permitiría dejar de putear. Dolly quería tener otro bebé y quedarse en casa. Como figuras de papel, como figuras de cartón en la escena de un pesebre, una fantasía había empezado a brillar dentro de Connie desde su conversación con Dolly aquella mañana: ella y Dolly y los niños de Dolly vivirían juntos. Volvería a tener una familia, al fin.

Sería más cuidadosa y se portaría mejor que nunca y haría cualquier cosa, cualquier cosa para mantenerse

unidas. Nunca tendría celos de su sobrina sin importar cuántos novios tuviera. Dolly podría pasar fuera de casa toda la noche, irse los fines de semana o incluso ir a Florida, y ella se quedaría con Nita y el bebé. Como si alguien fuera a ser capaz de volver a dejarla sola con un bebé. El sueño era como una de esas muñecas de papel, las únicas que había tenido cuando niña, muñecas con cabellos rubios de papel y rasgos anglosajones y grandes sonrisas de papel. Saber en lo más profundo de su corazón de ceniza que el sueño era absurdo no lo hacía menos valioso. Toda alma necesita un poco de dulzura. Pensó en las barras de caña de azúcar que los niños compraban al hombre que vendía frutas y verduras. Dulce al paladar mientras las mordisqueabas, y después escupías los trocitos de tallo que se quedaban tirados en la calle. Huecos, endebles, dulces en la boca durante apenas un instante. Cañas con las que su abuela endulzaba el chocolate hacía mucho tiempo, allá en El Paso.

—¡Apaga esa maldita tetera! —le gritó Gerald, y Connie pegó un salto y apagó el fuego. El café que nunca había acabado de preparar. La tetera había hervido hasta quedar casi seca. Apagó el horno y los fogones porque ahora hacía un calor sofocante en sus dos pequeñas habitaciones. Cómo había saltado hasta la cocina cuando él había soltado esa orden seca y cortante. Se arrepentía de haberle obedecido automáticamente, sacudiéndose instintivamente ante el grito de una orden masculina.

Su belleza solo lo hacía más odioso. Su cara con los grandes ojos grises, la nariz ancha, su boca llena de crueldad, las manos como largas garras, el porte orgulloso: él era el hombre que había prostituido a su sobrina preferida, su pequeña, el chulo que golpeaba a Dolly y la

vendía a los cerdos para que se vaciaran dentro de ella. Que había robado a Dolly y abofeteado a su hija Nita y que se había llevado el dinero exprimido de la contaminación de la carne de Dolly para pagarse unas botas de lagarto, cocaína y otras mujeres. Geraldito era su padre, que la golpeaba cada semana cuando era pequeña. Su segundo marido, que la había enviado a urgencias con la sangre chorreando entre las piernas. Era El Muro, que la había violado y después la había apaleado porque ella no quiso mentir y decir que le había gustado. Entonces había tenido la fuerza suficiente para salir corriendo, soltar amarras y huir. Al día siguiente había cogido el autobús de la tarde y se había marchado de su casa en Chicago, dejando a su padre y sus hermanas, a las tumbas de su madre y de su primer marido —el de verdad—, Martín. Dolly carecía de la ruda fortaleza que la había salvado a ella en aquel momento.

Pero Dolly tenía a Nita y a un bebé en el horno.

—*Fíjate*, Geraldito —chilló—. Está embarazada de tu bebé. Volvió así de San Juan. Le dije que estaba de encargo la primera vez que la vi, en cuanto llegó. ¿Qué clase de bestia eres para sacrificar a tu propio hijo con ese médico de perros?

Girándose, Geraldito le dio una trompada que la arrojó otra vez contra la cocina. El metal caliente le abrasó la espalda y Connie apretó fuertemente los labios, incapaz de gritar, incapaz de emitir un sonido por lo repentino del dolor. Se hundió en el suelo sin poder moverse o hablar.

—*Putita*, levántate y ven con el doctor Medias, o le digo que te lo haga ahora mismo en esa cama de bruja. ¡Muévete!

—¡No! ¡No!

Dolly se revolcaba en la cama, gritando y sollozando. Geraldo entró en el dormitorio, fuera del ángulo visual de Connie. Ella intentó rodar sobre sus pies. El escuálido médico estaba sentado en el borde de una silla de la cocina. Tendría unos cincuenta años. Sus ropas eran nuevas y clásicas, su comportamiento tenso, y no paraba de dar golpes en el suelo con el pie. Gomina estaba recostado contra la puerta de entrada, fumando un porro y sonriendo.

Connie preguntó en español:

—¿Eres médico de verdad?

—Por supuesto.

No la miró pero le respondió en voz tan baja como había hablado ella. Al escuchar su acento, ella frunció el ceño.

—¿Dónde eres médico? —Se giró sobre un codo intentando levantarse—. Me duele la espalda, se ha quemado duro. Eres mexicano.

—¿Y a ti qué?

—¿De dónde eres?

—Ciudad de México.

—No. De Chihuahua, ¿no?

—Déjame en paz, mujer. Estás buscando problemas.

—¿De ti? Ya tienes suficientes problemas. Practicar la medicina sin licencia. ¿Por qué quieres hacernos daño? Mis padres también son de Chihuahua.

—¡Chihuahua puede hundirse en un pozo!

—El padre de mi sobrina es un hombre de negocios en Nueva Jersey. Tiene un gran negocio de viveros. ¿Te lo ha dicho ese chulo apestoso? Si ustedes le hacen esa cosa, su padre es el que te dará problemas, esa es la verdad.

Dolly soltó un largo y terrorífico gemido que taladró el cerebro de Connie. No había escuchado un grito tan

desesperado desde que estaba en el manicomio. Geraldó llamó al doctor Medias. Medias se levantó lentamente y buscó a tientas el bolso que había dejado al lado de la silla. Connie se puso de pie ayudándose con la pata de la mesa, le dio una patada en la espinilla tan fuerte como pudo y corrió al dormitorio. ¡Tenía que detenerlos!

Dolly sangraba por la boca otra vez. La sangre corría a chorros sobre la bata deshilachada con la que la había vestido, sobre la almohada. Dolly intentaba librarse de Geraldó, que la mantenía inmovilizada. ¡Iba a matarla! Con su perfidia mataría a Dolly y también a su bebé. Dolly moriría desangrada en esa cama.

Connie cogió una botella del rincón, la botella de vino que en su día contuvo borgoña de California y que ahora albergaba flores y hierbas secas, de aquella rara ocasión en que fue de picnic con Dolly, Nita, Luis (su hermano y el padre de Dolly) y su familia del momento. Agitó el jarrón y las nostálgicas hierbas se esparcieron. Después corrió hacia Geraldó, que no tuvo tiempo de soltar a Dolly para defenderse. Le reventó la botella de vino en plena cara. La nariz se le aplastó como un bicho machacado contra el parabrisas. Se cayó contra la pared, vociferando con el lenguaje de la rabia. Connie alzó el jarrón para darle otra vez, pero le cogieron los brazos por detrás. Se giró. Alguien le dio un fuerte golpe en la nuca. Intentó darse la vuelta, pero el puño volvió a alcanzarla y se desvaneció.

Yacía sobre una cama atada con correas, mirando fijamente una bombilla desnuda, las venas inundadas de drogas. ¿Thorazine? O algo peor, más fuerte. Una dosis descomunal. Los tranquilizantes del hospital la golpeaban como una excavadora cuando hacía mucho que no tomaba

nada. ¿Prolixin? Cada vez que se hundía en la inconsciencia, la torturaban las abrazaderas que tenía sobre las caderas, los pechos. Estaba atrapada en un fuego en su antiguo departamento de Chicago. Las llamas le lamían la piel. Los pulmones se le llenaban de humo asfixiante. Intentó una y otra vez quitarse algo que se le había caído encima, escapar. No podía moverse.

Le dolía todo el cuerpo. Le dolía la cabeza. Geraldo y su carnal Gomina la habían golpeado dos veces: la primera justo después de que ella le rompiera la nariz a Geraldo, y la segunda de camino a Bellevue en el coche de Geraldo. Le dolía intensamente el costado derecho y sospechaba que como mínimo tenía un par de costillas rotas. Probablemente Geraldo la había pateado cuando estaba tirada en el suelo. En el coche había vuelto en sí y él se había puesto a darle puñetazos otra vez en la cara, en el pecho, en los brazos. La había golpeado hasta que Dolly le imploró que parara y rompió a llorar y le amenazó con saltar del coche.

Cada vez que respiraba era como si le clavaran puñaladas. ¿Cómo podía conseguir que el hospital le hiciera una radiografía para comprobar si tenía una costilla rota? Hasta el momento nadie había escuchado una palabra de lo que había dicho, lo que por supuesto era habitual. Geraldo era tan condenadamente listo: traerla a Bellevue, por ejemplo, en lugar de al Metropolitan, en la 96. Bellevue tenía antecedentes suyos. Él les había hecho creer que Connie les había atacado a Dolly y a él en el departamento de Dolly, en Rivington. Geraldo no se iba a arriesgar a que no la ingresaran por loca.

El médico ni siquiera la había entrevistado, sino que había hablado exclusivamente con Geraldo, intercambiando

solo una o dos palabras con Dolly. Geraldo tenía a Dolly cogida por el codo, con la cara todavía hinchada. Su sobrina había mentido. Dolly la había vendido al Bellevue, ¿y para qué? ¿Por su propio pellejo, ya contaminado? ¿Por la nariz de su preciado chulo? ¿Por la oportunidad de chingar con más clientes? ¿Cómo pudo Dolly estar ahí sentada, gimoteando, y asentir cuando el médico le había preguntado si Connie le había hecho eso en la cara?

Connie se contorsionó de dolor en la cama, a la que estaba sujeta con el margen justo para poder retorcerse. La habían inmovilizado a la fuerza y la habían chutado enseguida. ¡Vale, había estado gritando! ¿Creían que tenías que estar loca para protestar cuando te encerraban? Sí, así era. Decían que la reticencia a la hospitalización era un signo de enfermedad, dando por sentado que estabas enferma, en uno de esos círculos viciosos. La última vez no había luchado; había venido voluntariamente con la trabajadora social, creyéndose su enfermedad. Había venido humildemente, contaminada de autodesprecio, harta de estar viva.

La pantorrilla izquierda se le empezó a acalambrar. Quería aullar de dolor. Anhelaba presionar con fuerza la pantorrilla entre las manos. La bola dura de músculo se puso rígida. Si chillaba, probablemente no la liberarían nunca de la inmovilización forzada. Se habían olvidado de ella, encerrada en ese cuarto de la limpieza hasta que muriera de hambre. Se había meado encima. ¿Qué podía hacer? Ahora yacía sobre su propia inmundicia húmeda. Al principio fría, asquerosamente fría, ahora cálida gracias a su cuerpo. Y apestosa.

Giró la cabeza, estirando el cuello para ver la rendija de la puerta. Amplia y baja, como una boca. Si al menos viera

a alguna auxiliar de enfermería pasando por ahí, podría hacerle una señal. La espalda le supuraba entre los omóplatos, donde se había quemado con la cocina. Los dos camilleros la habían inmovilizado con esmero, la inyección había entrado en sus venas como plomo fundido. Habían plegado unas sábanas aún calientes de la lavandería: vuelta, vuelta, golpe, pliegue. El proceso ya había empezado. La auxiliar de la entrada había sostenido por una esquina su ajada cartera roja de plástico, enmendada con cinta adhesiva, sujetándola como si fuera algo sucio, basura encontrada en la calle. La mujer había desplegado sus frágiles pertenencias sobre el mostrador distraídamente y, como si vaciara un cenicero, las había arrojado dentro de un sobre para guardarlas aparte.

Su cartera, sus llaves, el arrugado papel marrón en el que había estado calculando su presupuesto de abril, su recibo del alquiler, el bolígrafo con el nombre de la empresa que había encontrado en el metro, su peine negro de plástico, su vieja polvera que tanto adoraba con la figura en relieve de un pavo real, que le había regalado Claud por su cumpleaños, seleccionando el «aspecto» del diseño con sus dedos sensibles, su pintalabios rojo de la tienda de cinco centavos que solo usaba en las grandes ocasiones, reservándolo para cuando se gastara del todo y no tuviera dinero para otro; a menos que Dolly le regalara un pintalabios. ¡Dolly! Que la había traicionado. Abandonado. Vendido como esclava. En el mostrador le habían quitado sus carnés de identidad: el de la asistencia social; el del médico; el de la biblioteca; fotos de Dolly con Nita, de Angelina cuando era un bebé, al cumplir un año de la mano de su padre, Eddie, a los dos años con ella, a los tres cogida de la mano de Claud con esa sonrisa como una canoa, igual